

La Partida

Jesús Berrocal-Rangel

I

JIM BEAM BLUES (T-Bone Walker)

El viejo Sam solía decir que no todos los días tienen veinticuatro horas y por Satanás que no le faltaba razón. Me llamo Jake Adonis y soy músico de Jazz, aunque lo cierto es que ahora mi única fuente de ingresos es el billar. En otro tiempo tocaba en los mejores casinos de La Habana, codeándome con gente como Errol Flynn, Frankie Sinatra, Santos Traficante... lo mejor de cada casa, ya ven. Pero todo se acabó hace un año, cuando me encapriché con una pelirroja de ojos verdes casada con el lugarteniente de Traficante. Lo más sensato hubiera sido olvidarme de ella, quizá por eso dejé que me robara el corazón y huimos de Cuba.

Así habían ido pasando los últimos meses de mi vida. Al principio todo nos fue muy bien, pero luego comencé a sentirme como un canto rodado. Cambié el Jazz por el billar, los brillantes escenarios de La Habana por salones de juego que cada vez eran más inmundos. Se acabaron las partidas serias, el dinero escaseaba y por mis venas ya corrían a partes iguales sangre y *bourbon* hasta que, finalmente, ella se marchó hace un par de semanas. Aquello no contribuyó a mejorar mi situación.

Y allí estaba el maldito lunes para rematarlo: no había forma de deshacerse de él. Bueno, siempre hay una manera de librarse de todo, pero odio los ascensores y, no se porqué, supongo que al Infierno se baja en ascensor. El caso es que la semana comenzaba algo confusa para mí; tras los cristales de mi cuartucho de alquiler el cielo empezaba a hacer pucheros, la cabeza me latía recordando el *bourbon* barato ingerido la pasada noche y en el corazón continuaba la incesante borrasca con ojos de mujer que azotaba mi cerebro con recuerdos amargos. Todo un cuadro, ya ven.

Reflexionaba sobre estas y otras cuestiones trascendentes tumbado en la cama, con un cigarrillo colgando de los labios y esperando a que la Luna iluminara la ciudad, cuando el señor Muni, mi casero, abrió la puerta y entró acompañado de un hombre. El tipo iba bien vestido y

aún desde la cama pude comprobar que olía como si llevara una botella de crema-brillantina sobre el estirado cabello rubio. Su mirada lo delataba; a pesar de la cuidada apariencia, aquel hombre había servido en muchas ocasiones como ascensorista de Lucifer.

-¿Jake Adonis? -preguntó el rubio, con ligero acento alemán- El señor Cagney quiere hablar con usted.

Cagney. Más valía llevarse bien con él. Separé el cigarrillo de mis labios y contesté:

-Dígame el sitio y la hora, y allí estaré.

-Le espera mañana a las nueve en el *Dreamland*. No falte. Y lleve corbata.

La puerta se cerró y pude oír el contraste entre los firmes pasos del *cabeza-cuadrada* y los inseguros del señor Muni al bajar la escalera. Jimmy Cagney era dueño de media ciudad: clubes, alcohol, drogas, juego, prostitución... un imperio de vicio y corrupción. ¡Por supuesto que iba a ir! En realidad, la moralidad de sus negocios me importaba tanto como si tomaba la sopa con tenedor... y algo me decía que habría un puñado de dólares para mí. Después de todo, todavía conservaba cierta reputación como jugador, reputación que lentamente se iba disolviendo.

Apuré la colilla del *Sweet Caporal* mientras, tras la ventana, las sombras iban tomando las calles. El anuncio de neón del bar se encendió para dar la señal: había llegado el momento de salir a dar una vuelta.

En algún lugar de esta asquerosa ciudad había una botella para mí.

El lugar se llamaba "*Los 4 Diablos*", en la *Calle Swing* -también conocida como Calle 52-, un sitio acogedor; el mejor Jazz, buen whisky y poca luz. Los acordes de *Jersey Bounce* me asaltaron al cruzar la puerta; desde el escenario, *Bird*, *Dizzy* y el chico nuevo, Miles, acompañaban a la sensual voz de Betty Carter, que se balanceaba sobre los tacones de sus zapatos plateados.

Saludé a Jean, Ida y Marlene al acercarme al rincón habitual en la barra. Aquellas chicas no estaban nada mal, aunque no eran *mi* Rita, claro. Un trago alejaría pensamientos obscenos.

-Lo de siempre, Fred. Esta noche tengo sed y puedo pagar.

Fred Van Murray me sirvió el habitual *Jim Beam* sin hielo; mi alma está suficientemente fría.

-Tú siempre tienes sed, Jake. –murmuró.

En la otra esquina de la barra, casi oculto por la oscuridad, había un tipo extraño, con barba, que miraba hacia mí. Ya lo había visto otras veces por allí y me hacía sentir inquieto. En ese momento, el teniente Andrews entró acompañado de aquella chica que últimamente le acompañaba a todas partes, una morena llena de curvas llamada Laura Tierney. La dejó en una mesa y se me acercó.

-Hola, Jake. Creo que hace un rato has tenido visita.

-Vaya, teniente, después de todo parece que los chicos de azul se ganan el sueldo.

Encendió un cigarrillo y me miró fijamente a los ojos.

-Lleva cuidado, Jake. Quien se acuesta con perros se levanta con pulgas. Ya nos veremos.

-Claro, Andrews. Ya nos veremos.

De inmediato, se perdió entre la gente tan rápidamente como había llegado.

Jimmy Cagney. Si el asunto salía bien, podía proporcionarme el dinero suficiente para buscar a Rita y largarnos lejos de Chicago, a algún lugar donde tener un futuro digno. Si algo fallaba, el premio probablemente fuera un viaje eterno al fondo del lago Michigan. *Jimmy Cagney*. Andrews tenía razón: más me valía andar con cuidado.

Apuré el *bourbon* y, al levantar la mirada, vi al tipo extraño de la esquina alzando su copa hacia mí. Un repentino escalofrío me recorrió la espalda.

-Eh, Fred, -pregunté - ¿quién es ese fulano con barba?

-Dice que es amigo de Harry Angel. Se llama Cyphre... Louis Cyphre.

II

SATIN DOLL (Duke Ellington)

Pasé la mañana siguiente en el salón de la calle 22, moviendo un poco los dedos. Todavía no sabía el porqué, pero era evidente que Cagney sólo podía querer una cosa de mí. Jugaría al billar para él y no me presentaría en frío si podía apostar unas partidas con el Gordo de Oklahoma, un auténtico maestro que, a pesar de sus ciento cuarenta kilos, parecía tener alas en las firmes y delgadas manos. Encendí un *Sweet Caporal* y observé los ojos grises de mi enorme amigo. Durante una partida sus ojos sólo veían campos de terciopelo verde y brillantes esferas de colores; *vivían* en la mesa. Yo, sin embargo, llevaba algún tiempo sin poder concentrarme plenamente en el juego; ¿cómo había dejado que ella se fuera? Al principio pensé que sabría recuperarme, pero el tiempo pasaba y su recuerdo llenaba cada minuto del día. El asunto Cagney abría nuevas perspectivas que podían -¿porqué no?- devolvérmela. El Gordo disipó mis pensamientos con su atronadora voz:

-Eh, Adonis, es tu turno. No deberías dejar pasar tus oportunidades. Si no terminas ahora la partida voy a machacarte.

-Guárdate la lengua, Gordo. Ya puedes ir despidiéndote de tu dinero.

El joven Newman se acercó a la mesa con una *Bud* en la mano, sumándose al grupo habitual de aquel salón de la 22; Pacino, Clint y Sidney. Aquel chico tenía futuro como profesional, pero aún estaba tan frío como su cerveza. Sí, tenía talento, pero le faltaba carácter.

Tranquilamente calculé la jugada. La situación de las bolas me permitía terminar rápidamente la partida, pero para mí el espectáculo prima sobre la efectividad y no tenía ninguna prisa por acabar. Intentaría una jugada de retuque, haciendo rebotar la bola herida contra la banda y devolviéndola sobre la blanca, que a su vez empujaría otra bola hacia el rincón izquierdo. Deslicé el taco entre los dedos y la blanca bala rodó imponiendo su ley -la del más fuerte- a través del tapete verde. Tres golpes secos y su débil víctima volaba hacia la oscura tronera... pero sin llegar a caer dentro. Había fallado el tiro.

Antes de levantar la cabeza ya sentía la burlona mirada del Gordo sobre mí.

-Muchacho, muchacho -me dijo sonriendo, mientras recogía sus ganancias- Deberías jugar solamente para ganar y dejarte de virtuosismos. ¿O es que todavía estás pensando en esa pelirroja?. Las mujeres... nunca están satisfechas... pero, ¿qué podemos hacer sin ellas?

Apuré mi cigarrillo y guiñé un ojo a Newman.

-Gordo, amigo, creo que ya tienes edad para saberlo. ¿Necesitas que te lo explique?

III

DROWN IN MY OWN TEARS (Ray Charles)

Aquella tarde fui a casa de Rita. Estuve dando vueltas por su calle durante un largo rato, sin decidirme a subir. Hacía dos semanas que ella metió sus cosas en la maleta y quedó bien claro que preferiría comer cristales antes que volverme a ver, pero el asunto de Cagney era suficientemente importante como para contárselo; algo me decía que aquella oportunidad podría cambiar las cosas, llevarnos lejos del pasado.

Llamé varias veces al timbre, pero nadie abrió la puerta. Yo esperaba ver a mi pelirroja de piernas infinitas y ojos verdes, pero a quien encontré al bajar la escalera fue a su casero, un pequeño hombre en camiseta que se parece a ese actor... Joel Cairo, creo que se llama.

-¿Que quiere? -me preguntó con acento polaco.

-Escuche, estoy buscando a Rita Bacall.

-¿La pelirroja? Ha salido.

-¿Podría darle un recado?

Como única respuesta cerró la puerta en mis narices. La desolación se cebó en mí. En ese momento, una vez más, noté cómo el taco golpeaba mi mente y la echaba a rodar, imparable, hacia la tronera final.

Rita... al salir a la calle evoqué el sabor de sus labios y empecé a sospechar que el carmín que los cubría quizás tuviera el color de mi destino.

IV

NOW OR NEVER (Billie Holiday)

Las nueve y diez. Lujoso suelo de mármol, paredes de madera noble; esto es el *Dreamland*... en otros tiempos yo también me movía por sitios así. El sonido de unos pasos que se acercan y aparece *el hombre* flanqueado por dos pistoleros que yo había visto en los periódicos: Johnny Rocco y George O'Raft.

Viéndole, patológicamente elegante, nadie podría pensar que hace unos años Jimmy Cagney no era más que un pobre matón, criado en *Little Hell* y enriquecido gracias a la prohibición, bajo la sombra del Gran Hombre: Marlon Corleone. Me tendió la firme y suave mano probablemente con la misma naturalidad con que reparte plomo con una *Thompson*.

-Supongo que ya se habrá imaginado para qué le he hecho venir. Sé que es un excelente profesional y que está atravesando una... mala época. También sé que hay jugadores más efectivos que usted en la ciudad, pero ninguno tan espectacular. Quiero que juegue una partida de billar para mí contra Edward H. Robinson, -Hizo una pausa para que calibrase la importancia de mi oponente- pero no debe ganarla, Adonis; en la última jugada, usted tiene que perder. ¿Bastarán 2.000 dólares para calmar su orgullo?

-Bastarán. (¡Ya lo creo que bastaban!) . ¿Debo mantener el interés de la partida hasta la jugada final y fallar para ceder el último tiro a Robinson?

Cagney alzó las rubias cejas y en su rostro se dibujó una sonrisa de maldad.

-Ha escogido la expresión más correcta; *debe cederle el último tiro a Robinson*. La partida será esta misma noche, dentro de un par de horas. Comprenderá que no puedo dejarle salir de aquí hasta que todo haya terminado -Se volvió a uno de sus hombres- Johnny, acompaña al señor Adonis a la sala de billar para que la conozca. Estoy seguro de que no va a fallarme. Si es tan listo como parece, sabrá retirarse discretamente cuando le ceda el turno a Robinson.

Jimmy Cagney y Edward H. Robinson -también conocido como *Little Caesar*- se repartían la ciudad entre los constantes enfrentamientos de sus hombres. Aquella partida de billar, auténtica pasión de Robinson, pondría fin de manera distendida a una reunión de intensas

negociaciones para firmar la paz entre las dos bandas. Mi presencia allí era como un "regalo" de hermandad para Robinson, aunque en realidad Cagney no iba a dejar a *Little Caesar* y sus centuriones salir vivos de la sala de billar.

Durante las siguientes horas tuve tiempo para estudiar la mesa, los tacos y, sobre todo, para evaluar las altas posibilidades de que parte del plomo destinado a la banda de Robinson se alojase en mi apreciado cuerpo. El asunto no iba a resultar sencillo, pero la pasta merecía el riesgo y desde que entré en el *Dreamland* mi opinión al respecto tenía tanto valor como un puñado de arena. Johny Rocco se miraba las uñas recostado contra la pared, mientras la luz del flexo caía egoístamente sobre el tapete verde, sumiendo en penumbras el resto de la habitación. Acerqué el cigarrillo a los labios y aspiré con la esperanza de infundir algo de valor a mi confusa mente. ¿Valía la pena dejarse utilizar de esa forma por 2.000 dólares? Las dudas comenzaban a surgir cuando unas animosas voces se acercaron a la sala; Jimmy Cagney y Edward H. Robinson, seguidos cada uno por tres de sus hombres, entraron en la sala.

-Aquí lo tienes, Edward -dijo Cagney- Para mí es imposible ganar a un experto como tú, así que busqué a un digno adversario que me represente; el señor Adonis.

Robinson era un tipo corpulento, con dos cicatrices que le corrían paralelas por la mejilla izquierda. En el meñique izquierdo llevaba una piedra de al menos diez mil dólares. Colgando de la solapa, un clavel rojo que luciría conjuntamente en el inminente funeral. Me miró sonriendo sin quitarse el puro de la boca:

-Vaya, vaya... Jake Adonis -masculló estrechando mi mano-. Hace tiempo que no oigo hablar de usted... creía que había muerto.

-Espero que no le decepcione verme vivo -Bromeé, tratando de mantenerme frío.

-Al contrario, será un placer jugar con usted. Debo advertirle que no pierdo una partida desde hace años. -Se quitó la chaqueta mostrando una impoluta camisa blanca, sujetos los puños con caros gemelos de oro- ¿Está preparado?

Espiré una bocanada de humo al tiempo que fijaba la mirada en sus pupilas.

-Cuando quiera, míster Robinson.

Las 21 bolas ya estaban sobre la mesa. Los edecanes se situaban alrededor, ocultos por las sombras y sin agobiar a sus jefes. Robinson -¿cómo no?- iba a abrir el juego. Antes de centrarme en la partida, pude ver los expresivos ojos de Cagney buscando fugazmente los míos. Supe que iba a sentirlos clavados en el cogote hasta que llegara el momento final.

Robinson jugaba demostrando, ante la complacida mirada de sus hombres, que realmente no le faltaba experiencia. Envueltos en la oscuridad -sólo rota por el humo blanco de los cigarrillos- los hombres del *Pequeño César* seguían cada jugada con auténtico interés, absorta por el desarrollo de la partida y ajena a la inesperada lluvia de muerte que iban a recibir en pocos minutos. Al otro lado de la mesa Cagney y los suyos atendían fríamente, esperando el momento definitivo en que hicieran aparición sus hasta entonces acariciadas armas, para rellenar de plomo a los enemigos. Aquel juego, aparentemente amistoso, había logrado crear tal ambiente de tensión que nadie se atrevía a hacer comentarios y apenas había más movimientos que los imprescindibles para levantar los cigarrillos. Sólo el seco choque entre las bolas elevaba su sonido sobre las respiraciones. Conforme desaparecían números de la mesa el interés de los gánsters aumentaba. Las troneras, insaciables, no paraban de succionar en su fría oscuridad las rodantes esferas, indefensas para escapar al ser golpeadas por "La Blanca", la única bola que no tenía ni número ni dueño; la única que permanecía sobre la mesa cuándo las demás ya estaban fuera de juego. La única que siempre volvía del agujero.

El momento había llegado; era mi turno y sólo el número 8 me hacía frente sobre el tapete. Entonces me di cuenta de lo difícil que era fallar sabiendo que la vida de cuatro hombres dependía de mí. Cuatro vidas compradas por 2.000 dólares y, ¿dónde estaba mi dignidad? Yo era un perdedor, estaba acabado, pero ¿iba a dejar que un asesino me utilizase a su antojo? Quizá fuera el momento de plantar cara, como un Hombre, meter aquella maldita bola negra en su agujero, ganar la partida y mirar desafiante a todos los Jimmy Cagney del mundo, aunque me costase la vida. Al fin y al cabo, ¿cuánto vale la vida de quien ha nacido para perder?

El seco golpe de mi taco sentenció el asunto.

V

LONELY AVENUE
(Doc Pomus - Ray Charles)

Habían pasado veinte minutos desde que dejé la cabina telefónica. La calle estaba mojada y aquel chucho callejero aún me seguía; probablemente buscaba un olor familiar que le devolviera a casa, pero la lluvia había borrado los olores. Dos coches de policía pasaron veloces, iluminando la penumbrosa calle con destellos azules y arrancando fugaces sombras en su camino.

Sangre caliente seguía manando incesante desde mi hombro, empapando la arrugada gabardina. En el cielo estalló un trueno y la lluvia volvió a caer suavemente sobre la ciudad, difuminando los luminosos anuncios de neón. Entonces, salido de no sé dónde, un taxi oscuro se acercó silenciosamente al bordillo de la acera.

-Eh, amigo, -me dijo el conductor mostrando unos dientes blancos y menudos en amplia sonrisa- ¿le llevo a algún sitio?

Parecía increíble; ¡un taxi cuando lo necesitas! Caminé hacia él, pero al mirar la cara del taxista un escalofrío me recorrió la espalda; el conductor era aquel fulano de *Los Cuatro Diablos*, Louis Cyphre. Prefería andar bajo la lluvia. Le indiqué con la mano que continuara y durante unos minutos el automóvil rodó despacio siguiendo mi dirección, hasta que finalmente aceleró para perderse de vista.

El hombro empezaba a latirme con un dolor sordo. A mi izquierda, desde las penumbras de un callejón, un gato maulló inquieto ante la presencia del perro mojado que, sin saber porqué, caminaba como un silencioso fantasma tras mi sombra. Separé el húmedo cigarrillo de los labios y al levantar los ojos vi las luces del hospital al final de la avenida. La sonrisa de los escépticos afloró a mi rostro. ¿Comenzaba a delirar? Frente al hospital y bajo un paraguas, una pelirroja de ojos verdes vestida con un impermeable amarillo, movía sus piernas hacia mí.

El hombro derecho estaba relleno de plomo y durante una temporada no iba a poder levantar ni el taco ni la botella, pero Rita estaba allí y en el bolsillo de mi pantalón, sujeto con una goma elástica, llevaba un fajo de dos mil dólares.

A veces me pregunto porqué fallé aquella jugada. Supongo que nunca sabré la verdadera respuesta, pero... ¿a quién le importa ya?